

“ haciendas, y la prosperidad de este reino: si apeteceis que estos movimientos no degeneren en una revolucion que procuramos evitar todos los americanos, esponiéndonos en esta confusion á que venga á domibarnos un estrangero, en fin si quereis ser felices, desertaos de las tropas de los europeos y venid á uniros con nosotros: dejad que se defiendan solos los ultramarinos y vereis esto acabado en un dia sin perjuicio de ellos ni vuestro y sin que perezca un solo individuo, pues nuestro ánimo es despojarlos del mando sin ultrajar sus personas y haciendas.

“ Abrid los ojos; considerad que los europeos piensan ponernos á pelear criollos contra criollos, retirándose ellos á observar desde lejos, y en caso de serles favorables, apropiarse ellos toda la gloria del vencimiento, haciendo despues mofa y desprecio de todo el criollismo y de los mismos que les hubiesen defendido: advertid que aun cuando llegasen á triunfar ayudados de vosotros, el premio que debeis esperar de vuestra inconsideracion, seria el que doblasen vuestras cadenas y el veros sumergidos en una esclavitud mucho mas cruel que la anterior.

“ Nada mas deseamos que el no vernos precisados á tomar las armas contra ellos:

“ Para nosotros es de mucho mas aprecio la seguridad y conservacion de vuestros hermanos.

“ Una sola gota de sangre americana, pesa mas en nuestra estimacion que la seguridad de algun combate que procuraremos evitar en cuanto sea posible y nos lo permita la felicidad pública á que aspiramos, como ya hemos dicho.

“ Pero con sumo dolor de nuestro corazon, pro-

“ testamos que peharemos contra todos los que se opongan á nuestras justas pretensiones sean quienes fueren, y para evitar desórdenes y efusion de sangre, observaremos invariablemente las leyes de guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

“ Hasta el 20 de Diciembre estan de nuestra parte cinco provincias, conviene á saber: Guadajara, Valladolid, Guanajuato, Zacatecas, y San Luis Potosí y de un dia para otro se espera tambien estarlo Durango, Sonora, y demas provincias internas, estándolo tambien Toluca y mucha parte de la costa de Veracruz.

“ *Miguel Hidalgo y Costilla.*”

¡Qué sencilla y conmovedora elocuencia! ¡qué caballerosidad en el estilo, tan diferente de la chocarrería, de las diatribas, de los dicitos y hasta de los motes de que estaban atestadas las proclamas del virey, del arzobispo y del Santo Oficio!

¡Qué defensa tan noble á acusaciones tan injustas!

¡Qué desmentida tan completa á calumnias tan falsas!

El ejército en tanto, seguia su marcha, dirigiéndose hácia el Saltillo.

CAPITULO XV.

El ángel tutelar de Hidalgo.

Gil Gomez no habia perdido un solo momento de vista al nuevo misterioso insurgente, segun la órden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demás.

Una mañana, Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gomez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacia algunas horas no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de Charcas y era muy probable que antes de llegar al Venado se encontrase alguna aldehuela ó cuando menos alguna posada.

A poco rato el jóven descubrió á la falda de un montecillo, una casa que seguramente debia ser lo que buscaba; corrió á ordenar á Allende de parte de Hidalgo, guíase adelante al ejército, mientras éste se quedaba acompañado de él y otros dos oficiales, en la casa para tomar reposo y alimento, despues de lo cual le alcanzaria.

El ejército siguió adelante: Gil Gomez se adelantó á la venta para hacer disponer lo necesario.

Hidalgo acompañado de dos oficiales le seguia á paso lento.

Cuando el jóven detuvo su caballo delante de la venta salia de ella, lanzándose al galope el pálido desconocido.

Gil Gomez al verle dió un salto como si hubiese visto una serpiente.

El caballero lanzó una insultante mirada de desprecio y de satisfacción, hácia el camino por donde Hidalgo se acercaba.

—No sé qué especie de terror me inspira ese hombre; algun mal me va á hacer, murmuró el jóven entrando hasta el patio de la venta.

Un profundo silencio reinaba en ella y parecia que nadie la habitaba.

—¡Ah! de casa, gritó Gil Gomez con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero nadie se movió.

—¡Diablo! parece que todos duermen ó todos se han muerto; aquí; pero entonces qué es lo que hacia en esta inhabitada mansion ese misterioso viajero?

Y volvió á llamar con igual estrépito.

Al cabo de un rato se presentó el hostelero, hombre de buena presencia y franca catadura.

—Buenos dias, señor huésped, dijo el jóven con afabilidad, siguiendo su método de procurar caer en gracia á los posaderos.

—Téngalos vd. muy buenos, señor capitan, respondió éste.

—¡Han pasado por aquí los insurgentes?

—Sí, señor capitan, no hace media hora aún que han pasado. ¡Va ud. á incorporarse con ellos?

Gil Gomez, no conociendo el color político de su huésped, no quiso aventurar una respuesta y eludió la pregunta diciendo con una completa indiferencia:

—Yo vengo desde Zacatecas y me dirijo á el Saltillo, donde ellos probablemente se dirigen.

—Sí; eso ha dicho un oficial que acaba de partir hace un momento.

—¡Ah! un oficial, ¿y qué ha venido á hacer por aquí ese oficial? preguntó el jóven aparentando tranquilidad.

—Diablo, á proporcionarme un buen negocio, puesto que me ha pagado de una manera espléndida y adelantado, el almuerzo de unos viajeros que no deben tardar en llegar.

—¡Ah! ¿con que ha pagado adelantado el almuerzo de unos viajeros? ¡qué franco es!

—Sí; pero ha hecho mas, me ha dicho que uno de esos viajeros es un anciano, muy desganado para comer y que solo algunos platos que él sabia muy bien, prueba.

—Debe ser muy su amigo.

—Así me lo ha asegurado, de manera que des pues de haberme preguntado hácia qué parte se hallaba la cocina, ha corrido á ella dejándome como dicen con la palabra en la boca, para probar el mismo la clase de alimentos que hay que no son por cierto muy numerosos.

—¿Pues cuántos platos hay para el almuerzo?

—Dos solamente, señor capitán, *mole y frijoles*.

—¿Y han sido de su gusto?

—Parece que sí, porque ha salido de la cocina, encargándome que podia presentarlo todo en la mesa, sin necesidad de preparar otra cosa, seguro de que habia salido airoso.

—Pero ya caigo quién es ese solícito viajero, debe ser uno que partia cuando yo llegaba.

—Cabalmente, porque luego que ha visto que la mesa estaba servida, y todo listo, ha vuelto á montar á caballo y ha partido.

—¿Qué señas tenia?

—¿Era un señor de media edad.

—¿Con el cabello casi rojo?

—Sí señor, con el cabello casi rojo.

—¿Muy pálido?

—Muy pálido.

—¿Montado en un caballo negro?

—Sí señor, negro como la noche.

—Vaya; pero cualquiera diria al oírnos hablar,

que nuestro oficio es ocuparnos de las vidas ajenas, dijo Gil Gomez enjugando el sudor que la congoja y el temor hacian brotar á su frente.

—Es muy natural la conversacion entre los viajeros y los posaderos y yo soy precisamente de los mas charlatanes, dijo el hiesped que en efecto parecia á primera vista un hombre franco y decidior, muy al tanto de los negocios posaderiles.

—Lo mismo soy yo.

—Así me parece, señor capitán; pero vd. querrá tal vez almorzar, ¿no es verdad?

—Aguardaré á esos viajeros de quien ha hablado á vd. el franco caballero, pues no tengo prisa y no gusto de almorzar solo jamás.

—Está bien, voy á poner á vd. su mesa en el mismo cuarto, dijo el ventero yendo á ejecutarlo.

A ese tiempo sonaron en el camino las pisadas de algunos caballos.

Eran Hidalgo y los dos oficiales que le acompañaban.

—¿Ha encontrado vd. algo? capitán, preguntó este.

—Sí señor, y he encontrado mas de lo que hubieramos deseado ciertamente.

—¡Bueno! veo que es vd. igualmente diestro en asuntos bucólicos, que en asuntos guerreros.

Y todos se dirigieron al sitio donde les conducia sombrero en mano el ignorante y obsequioso posadero que creia haber hecho un buen negocio.

—Señores, suplico á vds. me dispensen una palabra, dijo Gil Gomez dirigiendose á los oficiales y llevando al cura Hidalgo, á la pieza en que se habia servido el almuerzo, mientras que aquellos, co-

gidos amistosamente del brazo se paseaban por el sucio y destartalado corredor.

Gil Gomez cerró la puerta tras sí y se acercó á la mesa sobre la que se veian humeando en groseras fuentes, los dos guisotes de que acababa de hablar el posadero: el joven acercó á ellos su vista durante algun tiempo.

— ¡Vamos, qué hace vd. capitan, le disgustan acaso esos platos? preguntó sonriendo Hidalgo.

— Un poco, señor.

— Pues somos de un gusto enteramente contrario, porque yo amo con delicia las comidas nacionales. ¡Ea! no hay tiempo que perder, tomemos alguna cosa, que tenemos que alcanzar al ejército antes de llegar al Venado.

— No, señor, vd. no tocará esos platos, exclamó Gil Gomez.

— ¡No tocaré ninguno de esos platos? ¿y porqué! capitan.

— ¡Porque? porque esos platos estan envenenados.

— ¡Envenenados?

— Envenenados, sí señor.

— ¡Pero por quién?

— Por el sospechoso desconocido que ha llegado á esta posada un cuarto de hora antes que yo y partia á todo escape cuando yo me acercaba.

Hidalgo hizo una exclamacion de sorpresa.

Al cabo de un rato de silenciosa estupefaccion, preguntó.

— ¡Pero como lo ha sabido vd. jóven?

— El posadero es un simple que me ha referido lisa y llanamente, que ese hombre ha llegado aquí, pidiendole tuviese preparado un almuerzo para

unos viajeros que debian llegar dentro de un momento, ha pagado adelantado y bajo el pretexto de probar los guisos se ha introducido solo en la cocina, donde no creo que haya ejecutado lo que dice.

— ¡Cobarde! exclamó Hidalgo con asombrosa indignacion.

— ¡Conque creo que ahora ya no tocará vd., señor, esos guisos nacionales?

— ¡Oh noble jóven, exclamó el anciano; Dios ha mandado á vd. para ser mi ángel de guarda sobre la tierra. Una noche ha llegado vd. á mi morada fatigado y herido, para dar el primer paso de una carrera que yo mismo temia emprender: Otra vez; he encontrado para penetrar en Celaya un enviado con una comision peligrosa, que ciertamente temia no hallar entre los hombres, que me seguian, despues le he mirado á mi lado lo mismo en las horas del peligro que la desdicha y por fin en este momento ¡acaba vd. de salvarme la vida. ¡Jóven hijo mio! entre mis brazos.

Gil Gomez se precipitó entre los brazos abiertos del anciano exclamando entre lágrimas.

— Una noche he llegado miserable y herido á una casa; en ella me han dado pan y me han curado; por una travesura de niño me han elevado á un grado demasiado honorífico, han armado mi brazo para defender la mas santa de las causas y juro morir antes que abandonar al hombre noble de quien tanto he recibido.

— Partámos hijo mio, partámos en el instante y demos gracias á Dios por la merced que acaba de concedernos.

Y los dos salieron del aposento.

—¿Cómo, no almuerzan vdes. antes de partir? exclamó el posadero al verles en el patio en actitud de viaje.

—Amigo mio, le dijo Gil Gomez en voz baja, procurando que los oficiales no le escucharan; sus platos de vd. están envenenados.

—¿Envenenados? exclamó el posadero dando un salto de sorpresa.

—Envenenados, sí, y cuide mucho de que nadie pruebe de ellos.

—¿Envenenados! exclamó estupefacto el ventero.

—Ha sido vd. víctima de un engaño, y en lo sucesivo aprenda á ser mas cauto, con los viajeros que pagan adelantado el almuerzo de sus amigos.

Largo tiempo despues de que sus huéspedes hubieron partido, el posadero se quedó parado en medio del patio del meson, creyendo que era un sueño cuanto acababa de escuchar.

Derrepente corrió al cuarto y examinó sus guisos; habian tomado estos en efecto un color negrozco demasiado sospechoso que no estaba acostumbrado á observarles. Tomó en sus manos el plato y arrojó su contenido á uno de tantos de esos perros que pululan en todos los mesones.

El animal hambriento le devoró en un instante.

Pero no habia trascurrido ni un cuarto de hora, cuando sus facciones se contrajeron espantosamente, sus ojos giraron horribles y desencajados en sus órbitas, lanzó algunos ahullidos lastimeros de dolor, una convulsion contrajo sus miembros, su boca se cubrió de un espumarajo sanguinolento y cayó tieso sobre el suelo.

Hidalgo y Gil Gomez habian alcanzado al ejército antes de llegar al *Venado*.

—¿Qué deberemos hacer con ese hombre? habia preguntado Gil Gomez en el camino.

—¿Qué hemos de hacer? nada, dijo Hidalgo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo nada, señor, es decir que su crimen quedará impune?

—No hay contra él una prueba evidente y cualquiera disposicion que yo tomara en su contra se podia calificar como un acto de crueldad.

—Pero....

—Lo que se debe hacer ahora que ya nuestras sospechas se han confirmado, es no perderle de vista un solo momento, seguirle do quiera que vaya, capitán.

Gil Gomez se incorporó entre los oficiales, y pudo notar el efecto que la pronta llegada de Hidalgo causó sobre uno de ellos. Al ver al anciano, dió un salto de sorpresa, su rostro naturalmente pálido, se tornó livido, apretó sus puños con rabia sobre el puño de su espada y aterrorizado casi, se apartó de los oficiales, aislándose cabizbajo y pensativo.

Gil Gomez se acercó á él y le dijo con fingido interés.

—¿Porqué tan triste? señor oficial.

El desconocido lanzó una mirada terrible al jóven y bajó la cabeza sin responderle.

—¿Porqué tan triste? cualquiera diria al ver á vd. que le ha acontecido una grave desgracia, continuó el jóven.

El desconocido ni se movió siquiera.

—Sí, una grave desgracia, como por ejemplo, ver desbaratado en un momento, un magnífico plan muy premeditado.

Esta vez el incógnito, alzó vivamente la cara,

lanzando una rápida mirada á Gil Gomez; pero debió confundir la intencion oculta del jóven con su cara naturalmente maliciosa, porque se limitó á decir con un acento de irónico desprecio.

—Parece que somos algo chanceros, insolentados tal vez por la especial proteccion del señor Hidalgo.

—Y nosotros, parece que somos algo afectos á pagar adelantados los almuerzos de los amigos y á cuidar de que sean muy de su gusto.

El incógnito se estremeció como si hubiera pisado una serpiente, clavó una mirada terrible en el rostro del jóven y llevó maquinalmente su mano á la culata de una de sus pistolas; pero despues reflexionando tal vez que no era aquel sitio el mas apropiado para lo que acababa de pensar, aparentó volver á recobrar su tranquilidad, mordiéndose sus delgados y pálidos labios hasta hacerse sangre.

—Lo decia yo por lo de esta mañana, continuó con su tono zumbon el imprudente jóven que habia seguido con la vista sus menores movimientos.

—No sé, no entiendo lo que quiere vd. decir y creo que me toma por otro, dijo el caballero encogiéndose de hombros con aparente tranquilidad.

—No, yo jamás me equivoco y mucho menos en conocer á los buenos amigos, ¡Oh! para eso tengo un ojo y un tino admirables. Cuando á vd. se le ofrezca yo le daré una leccioncilla que le ha de ser muy provechosa.

Y diciendo estas palabras Gil Gomez hizo un falso político saludo y corrió á incorporarse con Hidalgo.

El desconocido le siguió con la vista durante al-

gun tiempo y cuando le hubo perdido, murmuró con tono colérico.

—Desgraciado, sin saberlo te has perdido y precipitado á un abismo; mis secretos son la muerte del que los llegue á descubrir. ¡Crees haberme confundido y aterrorizado con tu imprudente revelacion; pero no sabes que el amor de Doña Regina es un frenesí capaz de convertir al hombre mas honrado en un asesino que destruye cuanto se le presenta como obstáculo para poseer á ese demonio de muger.

Y Don Juan volvió á caer en su acostumbrada sombría meditacion.

Esta vez Gil Gomez fué tal vez mas observado que observador; como Don Juan lo habia dicho, el pobre jóven con su imprudencia acababa de labrar su ruina y sin saberlo se habia precipitado á un abismo.

El ejército dejó atrás á Matehuala llegando al Saltillo, para dirigirse desde allí á Chihuahua.

¡Ay! la traicion seguia y esperaba al noble anciano!

Una tarde Gil Gomez adelantó al ejército media legua para buscar alojamiento á Hidalgo. El camino que el jóven seguia era un estrecho sendero encajonado entre pedregales de poca elevacion; corria á todo escape, cuando le pareció oír cerca de sí, hácia la parte derecha del pedregal un ruido semejante al paso de un caballo,

Pero creyó un engaño de su oído y siguió avanzando.

No habria andado veinte varas, cuando al volver de una pequeña encrucijada, sonó un tiro á su es-

palda y una bala fué á clavarse en un árbol que se hallaba á cinco pasos.

Antes de que volviese de su sorpresa, sonó un segundo tiro; pero el jóven oyó silvar la bala tan cerca de sí, que no pudo menos de inclinarse violentamente sobre el cuello de su caballo por un movimiento demasiado natural.

La bala habia pasado en efecto tan cerca de su cabeza, que habia atravesado de parte á parte su sombrero lanzándole á veinte pasos de distancia.

Gil Gomez volvió sus ojos al pedregal, desde donde le saludaban tan poco cortesmente; pero á nadie vio y le pareció oír al otro lado del camino el galope de un caballo que se alejaba.

—Vaya, pues lo que es por esta vez han errado el golpe. Ya me figuro poco mas ó menos quién es el que me ha obsequiado de esta manera tan desusada, exclamó el jóven al cabo de un momento, pálido por la sorpresa, contemplando su sombrero agujereado en la copa y dando gracias en su interior á Dios con todo su corazón por el terrible peligro de que acababa de salvarle de una manera casi milagrosa.

Despues comprendiendo por instinto, que por lo pronto nada debia temer, volvió á continuar su interrumpida carrera.

Una noche el ejército acampó para dormir en una llanura situada adelante de Anelo. Hidalgo acompañado de Allende y Gil Gomez, se dirigió á una casita lejana, á traves de cuyas ventanas se veia brillar una suave luz en la oscuridad profunda de la noche. Llamó Gil Gomez y la puerta se abrió inmediatamente por una anciana de aspecto

miserable que preguntó con agrio y cascado acento á los viajeros qué era lo que se les ofrecia.

—¿Podria V. darnos hospedage por esta noche, en el concepto de que pagaremos religiosamente el gasto que hagamos? preguntó con su acostumbrada cortesania en estos casos Gil Gomez.

—Si vdes. quieren conformarse con dos cuartitos, pues es lo único que hay en la casa fuera de la pieza en que yo duermo y la cocina, pueden pasar, respondió la anciana, ablandándose á la alhagadora promesa del jóven.

—Con eso nos sobra, buena señora, y no deseábamos otra cosa.

Allende y un soldado que le acompañaba, fueron á ocupar una de las destarladadas habitaciones.

Hidalgo y Gil Gomez ocuparon la segunda.

Tenia ésta una puerta que daba al interior de la casa y una ventana sin vidriera ni puerta que caia al campo y por donde se colaba á su sabor el viento helado de la noche.

—¿Qué fatigado estoy, por la larga caminata de hoy! dijo Hidalgo dejándose caer sobre el durísimo y único lecho que la hospitalidad de la anciana le habia ofrecido.

—Lo mismo yo y creo que dormiremos perfectamente, murmuró el jóven, acomodándose lo mejor que pudo en un viejo sillón de cuero que la Providencia habia colocado allí, poniendo su espada entre las rodillas y sus pistolas sobre una desvencijada mesa que se hallaba á su derecha.

La fatiga les riñó y cinco minutos despues ambos dormían profundamente.

Fuera de la habitacion silvaba el viento, trayendo esos ecos lejanos que forma el murmullo de una

gran reunion de hombres, y el "alerta" medio confundido por la distancia de los centinelas.

Serian las dos de la mañana, cuando un ginete avanzó con precaucion á la ventana del aposento en que reposaban Hidalgo y su ayudante de campo: se apeó sin hacer el menor ruido, dejando su caballo á algunos pasos y comenzó á andar casi á tientas, hácia la abierta ventana.

Derrepente las nubes preñadas, reventaron lanzando el torrente de agua que hacia algun tiempo las llenaba.

Primero cayeron gruesos goterones que semejaron gemidos del espacio al chocar con las hojas de los árboles; poco á poco se fueron haciendo mas numerosos y por último el cielo abrió sus mil bocas, lanzando cataratas á la tierra.

Algunos relámpagos brillaron lejanos y fugitivos en el espacio.

El misterioso y desvelado ginete, seguia acercándose á la ventana.

Un relámpago algo mas prolongado que los anteriores vino á iluminarle completamente.

Cualquiera por atrevido que fuese habria retrocedido al aspecto de aquel hombre, pálido como la muerte, con su cabello rubio, armada su diestra de un horrible puñal, pendientes á su cinto dos pistolas, avanzando con paso sordo como el de una hiena y silencioso como el de un tigre, lanzando miradas siniestras y sonriéndose con una risa infernal.

Pero ya hemos dicho que los dos habitantes del pobre aposento dormian profundamente.

El hombre llegó por fin á la ventana que solo distaba una vara del suelo, lanzó sus chispeantes miradas al interior, como queriendo interrogar á la

oscuridad, aplicó su oido y solo percibió la respiracion uniforme de un hombre dormido.

Entonces aseguró su puñal entre los dientes y apoyó sus dos manos en el piso de la ventana, poniéndose en ella de pié completamente.

Después se fué deslizandose silencioso como una serpiente hasta el piso del cuarto; pero al apoyar sus piés en él, produjo un ruido.

Le pareció oír otro ruido hácia el otro extremo del cuarto.

Pero nadie se movió y lo atribuyó á su temor, así es que continuó dirigiéndose al lecho, que aunque no distinguia, adivinaba sin embargo, por la respiracion prolongada y uniforme de Hidalgo.

—¡Oh! está solo, completamente solo, pensó, y esta vez no erraré el golpe.

Y dió otro paso adelante.

Pero derrepente oyó un ruido á su lado, que bien se distinguió del triste y monótono que producía el aguacero.

Entonces se quedó parado, inmóvil como la estatua de un panteon y conteniendo su respiracion

—No es nada; pensó al cabo de un rato de profundo silencio.

Y dió otro paso.

Pero súbitamente se sintió agarrado en la garganta por unos dedos que lo apretaban hasta ahogarlo, mientras que otra mano despedazaba su armado brazo derecho. Vió en la oscuridad brillar cerca de sí unos ojos chispeantes y sintió sobre su rostro el soplo de un aliento.

Quiso gritar y no pudo, quiso hacer uso de sus armas, pero le fué imposible.

Por fin la mano que apretaba su garganta, aflojó

un poco porque dió un salto terrible, y se empeñó una especie de lucha silenciosa y sorda.

Pero sintió sobre su sien el frío de una pistola y oyó una voz sorda y apagada que le dijo:

—¡Miserable! si haces un movimiento, si das un paso, si alzas una voz, te tiendo muerto á mis piés.

A esta accion y á esta voz el desconocido dió un salto que hizo desprender su brazo del que lo apretaba.

—¡Ah! eres tú y siempre tú el que te atraviesas en mi camino, murmuró con rabia.

Y con el brazo derecho alzado y armado del puñal y el izquierdo de una pistola, se precipitó sobre Gil Gomez.

Entonces se trabó una lucha espantosa y sorda en medio de la oscuridad.

Durante, un momento solo se oyeron los esfuerzos de ambos combatientes.

El anciano continuaba durmiendo, ignorante de lo que estaba pasando y del peligro que le amenazaba.

Por fin, despues de un rato se oyó el ruido de dos cuerpos que caen sobre el suelo y la voz de Gil Gomez que dijo sordamente:

—Traidor, estás debajo de mí, y si te mueves, te vuelo la tapa de los sesos.

El asesino quiso hacer uso de sus armas, pero éstas habian rodado al suelo en la lucha y solo pudo golpear rabiosamente con sus puños el pecho de Gil Gomez; quiso gritar, quiso moverse; pero la mano derecha de éste apretaba su garganta hasta ahogarlo, su rodilla se apoyaba como un torno sobre su pecho, y con la mano izquierda le golpeaba con cólera la cara.

—Podria matarte como un perro, porque estás á merced de mi justo enojo; como un perro, porque has penetrado en este aposento para perpetrar un asesinato; pero quiero perdonarte esa ruin vida, si me prometes salir de aquí sin hacer el menor ruido que despierte á ese anciano, si me juras no volver á atentar jamás contra la existencia de nuestro noble caudillo, dijo Gil Gomez con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

El asesino, sintió que le faltaba la respiracion, sus miembros se aflojaron y exhaló de su pecho oprimido un ronquido sordo y estertóreo.

Gil Gomez, le dejó entonces alguna libertad, diciendo.

—Jura, jura pronto lo que te digo, porque si no que se me va la cabeza y conozco que voy á matarte.

Derrepente el asesino, aprovechándose de la libertad que le dejaba el jóven, dió un salto terrible y supremo, que lo arrojó lejos de sí, se precipitó á la ventana lijero como un rayo y antes de que Gil Gomez volviese de su sorpresa, desapareció en la oscuridad de los campos.

Fué tan brusco el movimiento y tan estruendoso el golpe del jóven, que Hidalgo despertó sobre saltado, se incorporó sobre el lecho violentamente y preguntó con acento de sorpresa.

—¿Qué hay? ¿qué es lo que pasa? ¿quien vá?

—Soy yo, señor, se apresuró á responder Gil Gomez, procurando ocultar la emocion que la cólera, la lucha y la sorpresa habian producido en su animo, con un acento de aparente tranquilidad, yo que fastidiado de tanto dormir, he tenido la impru-

dencia de pasearme por el cuarto y de tropezar con un mueble.

—¿Pues qué hora es? preguntó Hidalgo.

—Faltan todavía tres horas para que amanezca.

—¿Y ya ha descansado vd. suficientemente?

—Voy á volver á dormirme, porque es en efecto todavía muy noche, respondió Gil Gomez para tranquilizar al anciano.

Y los dos volvieron á permanecer silenciosos.

Fuera de la desmantelada habitacion, solo se oia el ruido de la lluvia gemidora y el galope de un caballo que se alejaba á todo escape.

Al amanecer se puso en marcha el ejército.

Gil Gomez buscó en vano entre los oficiales al desconocido, pues este habia desaparecido.

El jóven creyó en su buena fé, que la leccion de la noche anterior le habia sido provechosa, y que no volveria á presentarse mas; pero no habló á Hidalgo una palabra de lo que habia pasado.

Atravesaban un lugar inhabitado y desierto, llamado *La Punta del Espinazo del diablo*, cuando Hidalgo llamando á parte á Gil Gomez le dijo.

—Capitan, tengo fuertes sospechas de que las tropas de Elizondo nos vigilan y esperan caer sobre nosotros en las *Norias del Baján*, que segun me dicen es un punto demasiado ventajoso para el que lo ocupe primero.

—¿Porqué? señor.

—Porque ¿no le parece á vd. muy extraño que no nos hayan salido á encontrar, en ningun punto del largo camino que hace algunos dias atravesamos?

—Es en efecto demasiado extraño.

—¿Y el sospechoso? preguntó Hidalgo.

—Creo que ha desistido de su traicion porque desde ayer no lo veo.

—No se porqué me dá mala espina esa desaparicion.

—¿Me permite vd. señor que vigile los lados del camino? preguntó Gil Gomez.

—Sí; pero tome vd. una fuerte escolta, para que le acompañe, capitan.

—No señor, porque entonces, no podré observar y por el contrario seré visto.

—Está bien, jóven, vaya vd. solo; pero no se aleje demasiado, dijo el anciano con acento de paternal cuidado.

Gil Gomez se hizo á la derecha del camino, alejándose del ejército con lentitud, cerca de media legua.

Atravesaba un suelo árido y rocalloso, sembrado de escasas y mezquinas plantas, encajonado entre altísimas montañas.

El sol declinaba en occidente, lanzando pálidos y dudosos rayos.

El jóven lanzó su vista por toda la distancia que podia abarcar y no observando nada que le infundiese sospechas, dejó caer la rienda de sus manos permitiendo á su caballo que anduviese al paso que desease.

El sitio, la hora, las circunstancias en que se hallaba, afectaron profundamente su ánimo y una tristeza honda y roedora se apoderó de su sér.

Tendió una mirada á su pasado, pensó en su infancia tan alegre y tan serena, pasada al lado de Fernando, en sus juegos infantiles, en la hermosa aldea que hacia tanto tiempo habia abandonado, y sobre todo en su honrado protector, que habia sido

un segundo padre para él y á quien habia dejado por seguir á Fernando, á ese hermano querido cuyo destino ignoraba.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

Derrepente oyó un ruido á su lado y alzó la vista, dando al cabo de un momento, un salto de sorpresa.

Delante de él estaba, Don Juan, el asesino de la noche anterior, el terrible amante de la terrible y hermosa Doña Regina, ginete sobre su hermoso negro caballo, mirándole y sonriendo con su risa sarcástica y siniestra.

Gil Gomez llevó maquinalmente su mano á una de sus pistolas; pero despues temiendo que se calificase este acto de cobardía la retiró de allí, mirando fijamente y en silencio á Don Juan

—¡Buenas tardes! amiguito, dijo éste con expresion de sangrienta ironia.

Gil Gomez no contestó.

—¿Parece que le causa á vd. miedo el verme en este sitio tan solitario y á esta hora tan triste?

—Esperimento el sentimiento de horror, que es natural á todo hombre honrado, al hallarse frente á un asesino, respondió Gil Gomez con enérgica y orgullosa brevedad.

—Sea vd. menos pródigo en epitetos, amigo mio y hablemos con mas sangre fria.

—Yo no soy amigo de vd. ni tengo nada que hablar, si viene vd. á vengarse, solos estamos y nuestros brazos pueden manejar una arma. Mas ¡ah! ya habia olvidado que el de vd. solo sabe preparar venenos ó alzar puñales para asesinar hombres dormidos.

Don Juan, ni hizo algun movimiento á este discurso de Gil Gomez y solo dijo con una voz sosegada.

—Deje vd, le digo todas esas frases y esos dictados, porque tenemos que hablar algo mas importante.

—No me imagino ciertamente lo que sea; pero puesto que vd. se empeña, hablemos.

—Oh es muy breve, son dos palabras solas las que voy á decir á vd. para callar ese estruendo entusiasta que lo anima.

—Pues ya escucho.

Gil Gomez se cruzó de brazos, mirando con expresion de cólera contenida al pálido Don Juan, que dejó caer lentamente y sin alterarse las siguientes palabras.

—Hace tres meses he prometido á una persona la muerte del cura Hidalgo.

—Noble promesa por cierto.

—No me interrumpa vd. jóven, porque ni es capaz de imaginarse todo lo que se puede prometer por agradar á esa persona, bástele saber que lo habia prometido.

—Está bien.

—Desde el instante en que he hecho semejante juramento, me he propuesto destruir cuanto obstáculo me impidiese cumplirlo. Desde hace algunos dias todo habria concluido ya; pero en donde menos esperaba he encontrado ese obstáculo.

—Ya comienzo á comprender.

—Ese obstáculo era vd, miserable hijo del pueblo, luchando conmigo, noble de raza.

—Silencio; interrumpió colérico Gil Gomez.

—Tenga vd. un poco de paciencia, ya vamos á

acabar Decia yo que era vd. jóven llena la cabeza de ideas estravagantes de fidelidad y libertad, vd. ciego instrumento de una causa repugnante.

—¡Miserable!

—Con su constante vigilancia, habia logrado destruir mis mejores planes y una tarde pensé en desembarazarme de vd.

—De una manera muy digna de todas sus cobardes acciones.

—Puesto que ya vd. sabe cual fué el resultado de ese negocio, no hablemos mas de ello.

—No, no hablemos de esa traicion, porque siento impulsos de matarle á vd. sin compasion.

—Usted nunca podría matar á un hombre que no está prevenido para un duelo.

—¡Está bien! prosiga vd. y diga por fin lo que desea.

—Anoche ha fallado mi última tentativa, que era por cierto muy segura, pero he sido vencido por vd. débil criatura, yo que en mi país era uno de los duelistas mas terribles.

—La nobleza de mi defensa me dió fuerzas y el terror de el hombre que va á cometer un crimen, abatió las de vd.

—Y creará vd. amiguito, segun la espresion de orgullo con que mira, que ha salido vencedor y que lo seguirá siendo como hasta aquí?

—Lo creo, si Dios y la libertad me dan su amparo.

—Pues va vd. á oír como no ha sido así precisamente.

—¡Cómo?

—¡Oh! de una manera muy sencilla. Al ver fallar con tanta facilidad mis planes, he pensado que

podia muy bien entregar al hombre cuya muerte he jurado á manos que lo despedazarian con el mismo furor que las mias.

—Prosiga vd., prosiga.

—Me he dicho: ese cura Hidalgo camina acompañado de muy poca gente hácia donde se hallan las tropas españolas.

—Continúe vd.

—Si yo hiciese de manera que esas tropas le ahorrasen la mitad del camino y saliesen á sorprenderle, donde menos lo espere, me habria evitado un gran trabajo.

—¡Dios mio!

—Por consiguiente, ¿á que no adivina vd. adónde me he dirigido anoche despues de lo ocurrido?

—¡Adónde?

—A hablar con el gefe español Elizondo.

—¡Miserable! acabe vd.

—De manera que esta noche ó mañana á lo mas tarde....

—¡Qué?

—Hidalgo se hallará prisionero entre sus manos.

—No, traidor, no, porque voy á matarte primero y á impedirlo despues, esclamo Gil Gomez echando mano á su espada.

Pero antes que el jóven pudiese ejecutar lo que acababa de decir; Don Juan que habia estado calculando á sangre fria sus movimientos, sacó vio lentamente una pistola de cuya culata no habia separado su mano y la disparó á boca de jarro contra su pecho.

Gil Gomez quiso aún descargar un golpe sobre su traidor adversario; pero flaquearon sus fuerzas, llevó con espresion de dolor las manos sobre el pe-

cho, que se tiñó en sangre y abriendo los brazos cayó del caballo, de cara contra el suelo.

—¡Pobres locos de veinte años! ¡pobres necios que creéis que todo en la vida es nobleza, entusiasmo, valor.

Doña Regina, estais satisfecha, porque mañana será mas fácil volver la vida á un cadáver, que arrancar á Hidalgo del tribunal de Chihuahua.

Ahora á México, á gozar todas las delicias de vuestro amor.

Y al decir estas palabras, Don Juan se alejó á galope, riéndose con una risa de Satanás.

TERCERA PARTE.

CAPITULO XVI.

Lo que es el corazon humano.

Es una tarde del mes de Octubre de 1812.

Han trascurrido dos años desde aquel dia, en que pálido y lloroso hemos visto al jóven Fernando de Gomez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida, á Clemencia, para dirigirse á su compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto mas se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque miradlo bien, así es el corazon humano.

Amad mucho, hasta la idolatría á una jóven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de nin-